

ZOOM

León Plascencia Ñol

Parte de este libro se escribió con el apoyo del FONCA-JC, en el periodo 2001-2002

LOS MIL OJOS QUE HAY ENTRE TÚ Y EL MUNDO

Busco en el diccionario la palabra *zoom*. La encuentro después de la palabra *zoológico*, como si esperaran juntas la explicación que justifique tan arbitraria cercanía. Leo: “objetivo fotográfico que permite el cambio de planos mediante una distancia focal variable”. Estoy a punto de conceder que las correspondencias no florecen en estos territorios cuando asoman, casi sin que lo advierta, estos versos de Tablada: “mi corazón en miniatura / es como el Arca de Noé”. Si transcribo aquí estos versos no es porque sugieren las magias del diccionario (que las hay), sino porque reclaman una manera de mirar que reduce o amplifica las cosas para conocerlas mejor. Lo que alguna vez escribió Benjamin sobre la fotografía vale también para la mirada poética: se ha convertido en una creación colectiva tan poderosa que para asimilar las cosas del mundo no ha tenido más remedio que reducirlas. Pero esa manera de mirar ya había sido practicada por un fraile manchego a quien Menéndez y Pelayo consideró con justicia poeta mexicano; me refiero a Bernardo de Balbuena, quien hace cuatrocientos años cifró en una sola estrofa la grandeza mexicana para luego amplificarla en su maravillosa dimensión. Su lente hizo con nuestro ojo lo que siglos más tarde haría la navaja de Buñuel: despertarlo de los sueños de la costumbre para hundirlo sin piedad en los sueños de la pasión.

Tablada, Balbuena, Buñuel... la genealogía del *zoom* (o *zum*, como quiere la Academia) tiene en este libro de León Plascencia una continuación ejemplar y heterodoxa. Su título anuncia un renovado modo de ver cuya modalidad proviene de la fotografía y del cine. No estamos aquí ante una reproducción desahogada de imágenes, ni ante un ojo que se solaza en sus hallazgos: sin olvidar que ver es una manera (tal vez la más justa y más difícil) de respirar, estos poemas nos sitúan en un decir donde el silencio amenaza cada significante hasta el punto de hacerle declarar la fragilidad de los significados y la belleza de su pérdida. Bueno es advertir que esta fragilidad y esta pérdida no se resuelven en una escritura resignada y escéptica; su escritura declara en voz baja su voluntad de “remar en el ritmo” y convertir en argumento aquello que mira y aquello que mira mirar. Como en Tablada, las miniaturas de estos poemas constituyen un jeroglífico que se revela a medida

que nos acercamos (o alejamos) de sus dominios; como en el discurso cifrado de Balbuena, cada verso encierra un potencial narrativo que a cada lector le corresponde edificar. Como la navaja de Buñuel, el foco de este *zoom* se detiene en “la flaca” (esta maravillosa Beatriz despojada de toda beatitud) para cortar el ojo de un caimán adormilado donde hay cuatro caballos, una parvada de gallaretas, una nube accidentada de Zimbabwe, un árbol “que se parecía a Giacometti”, el toro de Osborne que “aparece cuando menos se le espera”.

Juego infinito de ojos-espejo que nos hunde en la noche que “retrocede o alarga” en nuestra propia pupila. En cualquiera de los mil ojos que hay entre tú y el mundo.

EDUARDO CHIRINOS

Salamanca, marzo de 2006

uno: entre los restos de café

Boca de iguanas

Cuatro caballos en los ojos del caimán adormilado:

mi flaca lo vio quemarse al mediodía.

Un poco de agua y la instantánea para el recuerdo. Detengámonos

un poco: la sonrisa de paloma, el cuerpo

bronceado, las flores

blancas sobre fondo negro.

Cuatro extranjeros por allá, un bar y la playa sola.

No había olas, sólo las caderas

de mi flaca sumergidas en el agua.

Sentado sobre la arena habité en el rojo.

Nunca hubo castillos, viernes o lunes

o toda la semana para repetir el aleteo de las gaviotas.

Lo que más veo es el aire

y la espalda de mi flaca alejándose desnuda en nado mariposa.

Fui mar y murmullo erecto a su regreso.

Extendí la toalla para cubrirla de un frío inexistente.

Olfato y lengua: sólo olfato

y nube para estar en su párpado izquierdo.

Escritura entre los restos de café

todo ocurre así

María Negroni

Es cierto:

la noche retrocede o se alarga en tu pupila. Unos restos en los restos de café.

Harás un viaje, me dijeron. Harás un viaje para perderte en el cielo o en sus

brazos. Escoge. Y escogí volver a un principio; escogí llamarme así como lo

hago ahora. Ahoridad de aquí.

Estaba el rostro de mi flaca es eso: “su origen no lo sé, pues no lo tiene”, lo dijo

el fraile que ya sabemos. Entre esos restos que extendí en el plato, entre esa

negrura y grumos: restos de lo decible, y algo queda

, algo que está aquí

que se entumece, algo

que es algo. Alguna cosa,

algo.

Fueron pájaros los arrojados por la mano izquierda

para saber del futuro. Una montaña en los dineros
que pagué para saber lo adivinable. Algo falla:
el rostro de mi flaca
se parece al de mi flaca y yo quisiera
que fuera un turbión o, al menos,
sus labios en los míos.

“Harás un viaje” y no hay avance, sólo
los pasos, las cuatro calles y llegaremos
a lo no visto. Vi
desde el equipal el mundo: no se
asemeja a los pliegues de mi flaca. Vi
una parvada de gallaretas formando
el ojo herido, la mancha
que recuerda su desierto.

Quería contarte algo, yo
quería contarte algo. Alguna cosa
al menos: algo.

Fiebre y largo sueño

el esplendor de pájaros es mucho

Si se miraran cara a cara

las razones del pájaro excluido

la nada iría a sábana cantora/

Juan Gelman

Una sombra

entre el ojo y la sábana. Hay aire, y

es demasiado sobre su rostro

al mediodía.

Qué hubo de la luz, qué de su brillo

si la posesa duerma anochecida.

Entre los álamos y las

palmeras se dibuja el rostro de la posesa. Una muralla

oculta este brazo.

Mi posesa no canta,

se agotó de recordar lo sucedido.

A veces voy hacia las dunas y una
estepa es lo que llega primero.

No hay nada y es la nada lo que nada
a cuenta gotas en la esquirla de este dios
que no se nombra.

Pensaría en cuatro pájaros que salen
del búcaro a la alacena. Es mucho
el nombre ya nombrado. Mi posesa no
despierta.

En clave de pájaros y aire

Una luz, no la enfermedad que va contigo.

Robert Burton lo supo: la *bilis negra* no es aire. Único

mi Dios en tu cuerpo. Treinta y dos

la hermosura riente. Carne y más carne

en la sorpresa. Vi tu rostro y no fui yo

en el invierno que nos ahogaba. Aire

para ver tus pliegues. Fuego

que incendia y hay esperanza en lo oscuro. Lo dijo Juan

de Yepes: también en el abandono está Dios

y su fulgor que guía. Déjate guiar, airosa,

por el túnel de la noche. Deja

que me hunda en ti para sacar el demonio de lo negro.

Alabado seas, nadie, escribió el judío

que se arrojó desde el puente Mirabeau.

Lo uno en las latitudes del *minne*,

en medio alto alemán:

amor, puro

de tu boca a este confín. Una y uno: abrirse

en tajo para encontrar lo cierto.

Dije te amo

en medio de la noche. Escuché un pájaro

batir sus alas. Aquí existe

un mensaje: Dije te amo, ¿no es suficiente?

**Un poco de verde en el paisaje de dos
que vuelven la mirada hacia nosotros**

Desafinado que anda uno y ya es de aire
el aire. Vuela la respiración
en la garganta de ese nombre que no puedo repetir
porque me cansa. Confusiones aparte
tenía negro el pelo, bellissimo y brillante.
Nueve veces voló en su estallido, treinta
y tres inscrito en su rostro: no la edad, la sierpe.
Reía y la vi temblar posesa:
arteria era para mí.
Hablemos claro: Tubinga a lo lejos, un océano
de por medio.

Me estoy yendo por lo geométrico del caso
y algo sé de las estrellas.

Desafinado que anda uno
y confunde el pez con el río.

Dhikr

Lo dijo el árabe aquella noche
y lo repito un poco toscamente para decirlo así:
no estás aquí, ni mucho menos allá. Qué ineptitud la mía
para descubrir el Secreto.

Todo adentro de una ánfora: *lo deseado,*
el deseo y quien desea.

Entendámonos un poco para aligerar las cosas.

La foto sí está, no el cuerpo que le pertenece.

Del año 601 (no de nuestra era occidental: me confundo
con los números) hasta la fecha,
pasan las nubes y hay cielo,
a veces vacas, caballos y ovejas,
naves que estallan en tristezas, animales

que como uno, tienen la depresión a flor de párpado.

Me perdí, iba por otra cosa. Lo dijo

el árabe: “Shajarat al-Kawn”.

De su foto y su cuerpo, prefiero los dos.

¿Es mucho pedir? Aquí hay playa, aquí

hay arena y olas, demasiadas olas:

paraíso. Dios dijo: hágase.

Me he perdido

en este exilio, hablo sobre el tiempo, abro

la mano y la extiendo para saber si llueve

pero nada moja esta palapa, sólo el sudor.

De la montaña a este sitio es poco lo que resta,

es como si llegaran los pelícanos,

las gaviotas y el martín pescador.

En el Libro de las Revelaciones no encontré

la cita que quería. Mejor,

que caigan de mis brazos a los suyos

cien anturios y asfódelos.

Estoy perdido. Quién fuera tú para suprimirlo todo.

Del aire a esta parte

Estaba escrito: sus senos eran dulces
y el aire es un poco más aire desde entonces.

Hurgué un poco en casi todo. Junio
en la respiración. Geómetra en el cielo
y el martín pescador aquí está (casi lo veo).

No quería pensar en nada y menos tener remordimientos, me lo dijo. Voy
hacia el fósforo y me detengo. Es su abrazo
a las dos de la mañana
estar a la intemperie en tanta altura.

¿Qué hago

si es mía su dulzura, o es de ella el oleaje de ser muchacha en la nube
de la sábana? Contemos
por dos. Han sido dos las heridas. Un latido

múltiple de animales desnudos. Arcángel y sonrisa
la muchacha tan liviana, tan cielo
y párpado en la blancura de su propio cuerpo.

Estaba escrito: durmió un segundo, velocísima, anoche
en el tacto izquierdo de mi rostro: toqué
el brillo profundo de su abrazo.

Glenn Gould posa sus manos en el piano

Anoche vi el mundo en otro mundo. Abrí
la puerta y allá, afuera,
cuerpos que eran cuerpos, pájaros
de otra latitud. Paisajes de azules casi pálidos.
Nunca he sido Caspar David Friedrich,
pero sé que de una nube
puedo extraer el corazón de Alemania. Aquí está
Gould, aquí están los dedos de Gould o la música de Bach
en el piano. Mi flaca lo escucha repantingada
en el sillón y el que aleta permanece quieto,
sin moverse. Ya me han dicho que el cielo
sale de su pecho, que hay azules y blancos
cuando abre sus alas.

Un poco de cordura
en el paisaje de tres

que no se mueven: escuchan la música
de torbellinos que llega por la noche.

Cosa de alas

aliteración más, aliteración menos, cosa de alas...

Eduardo Milán

Cosa de alas esta historia
que es historia ya sabida: viene el mundo
a derrumbarse en cada cosa. Alas
de siempre y la memoria
es un tubérculo expansivo. Rizoma
que asoma por el cuerpo de mi flaca,
por la herida proferida: es una voz
la que atraviesa este desierto
ya colmado o en silencio;
vertical la vertedura del amor
que ya vertido, se extiende
fragoroso en los extremos del cielo.
Mejor llamarlo pájaro, aunque nunca
el nombre es lo correcto. Mejor
decirle fiera, perra extenuada, grafía

que no se fía de la mano,
cosa de alas, pasajera.

dos: la velocidad

Cuando vuelo, pienso en Juan de Yepes encerrado en una celda

He volado por el mundo,
mi flaca lo sabe. Ayer
por la tarde recibió una postal
de la nube accidentada de Zimbabwe.
Hace dos meses la mandé y lo había olvidado,
como aquella otra de Lisboa que nunca llegó
y tuve que describírsela. Mi flaca es una fiera
que quiere saberlo todo. Por ahora voy y vengo
entre aviones y aeropuertos, entre cielos
de un color distinto y sé que prefiero sus ojos,
el gris desnudo de la tarde.

Turbulencias aparte, al descender en Mazatlán
creí ver a un ángel jugar con la hélice y en mi estómago;
en Madrid llovía; en San Pedro Sula la pista era un río;

en Bogotá vi una serpiente que parecía la cordillera de los Andes,
aunque era de noche y los whiskys saben mejor para el sediento.

He visto montañas, ríos, planicies, volcanes
y escojo sentarme en el pasillo. La claustrofobia, digo
a quien me lo pregunta. Ya se sabe, nunca
he visto un falcinelo pero sí las caderas de mi flaca
que me espera ansiosa a mi regreso.

Cuando vuelo, pienso en Juan de Yepes
encerrado en una celda y abrocho mi cinturón.
Soy torpe y asimétrico mi vida, mas de física
cuántica nada sé y de navegación aérea tampoco.
Disfruto. Mira esa nube, se parece al rostro de mi flaca.
Señorita, ¿cuánto falta para que lleguemos?

Dromomanía

Íbamos como volando,
la flaca manejaba. Dramamine al lado.
Un mar de cañas se extendía, a veces Yokota
o Bill Evans rondaban ligerísimos.
–Disminuya su velocidad, el letrero. Máximo
ochenta y los pájaros aturden. La velocidad
no es rapidez, es sobresalto
y salto en copiloto. –Cuidado aquí,
un bache, aquel auto se aproxima, rebasa ya.
Cuánta violencia, Dios mío. El valle viene
después de la subida y cambia la flaca
de velocidad. Una nube olmos sauces huizaches
fragilísimos margaritas en el borde autos
que van quedando atrás. Hay
negro y la lluvia se aproxima

como ese pueblo que ahora estaba aquí
y ya se aleja. Qué fiero asunto
la fiereza de mi flaca manejando
en el Grand Prix de la carretera de insectos
de dos cabezas. Me equivoco,
no son cabezas, así copulan.

Una nube

otra dos nubes nubes negras nubarrones plaga
negra los insectos.

Nos aproximamos.

Llegaré algún día y veré
la flor que brota frente al río.

Staranová synagóga

Aquí estuvo el *jajam*, aquí estuvo,
muy al fondo. Siete luces
y una estrella es lo que veo. No veo
a nadie, sólo las hileras de sillas
para leer la Torá, sólo al centro
lo secreto. Oculto al ojo
la mirada. Me dijeron *goi*.

Afuera Praga
y una calle. Afuera la brisa
que no refresca.

Aquí el *jajam*
Löw no está pero sí la luz
y varios signos o su silla y la *tevá*. Frente a mí la veo,
a metros de distancia la madera. Seis
puntos que caen, que miran.

Baruj hashem.

Afuera

el aire, afuera el cielo.

La *garota* de la autopista

Quise ser bucólico. Ayer quise ser bucólico
a mediodía, en medio del viaje
con la brasileña (hija del brasileño
que buscaba a la *garota*) cantando. Siempre
viajo, mi amor. A veces tan lejos de mí
que no me acuerdo. Ayer había vacas
que parecían vacas blanquinegras y lluvia.
También eucaliptos y milperío. Verdes, verdes
de todos los colores,
pueblos, riachuelos, largas extensiones
abiertas a la brisa, vías para un tren
inexistente y un árbol que se parecía a Giacometti.

Me faltó mencionarte los campos azules
de agave. Ayer, te decía, mi amor,

quise ser bucólico. Había tanta belleza
en el paisaje que no pude repetirlo.

El toro de Osborne aparece cuando menos
se le espera, como ahora, mi amor.

Qué verdes, qué verdes había a lo largo de,
a lo ancho de. Quisiera volver
un poco atrás, cuando te decía, por ejemplo,
que quise ser bucólico, al menos
por un rato. Pero en realidad, eso fue ayer,
hoy quisiera ser neoplatónico, mi amor.

Hay flores para ti.

Recuento de una noche en que soñé lo mismo

Un andamiaje de álamos nocturnos.

Washington Benavides

Pero bien mirado, de Tánger conozco casi todo,
al menos en sueños. Estaba ese día
en el zoco con un hombre que me hablaba de Mandelstam
y oí el rumor de los álamos que se ausentaban. Un andamiaje de pájaros,
un tren nocturno que iba hacia ningún lado. –Yo voy al este. Nicolás
de Staël trazó un signo oscuro que supe era mi rostro
transformado. Al regresar al hotel
vi a Juliana de Norwich tener una revelación
en lo profundo de las cajellas. Podría
escapar de este sueño y no lo hago. Hay cielo para todos,
hay un pasado que se adelanta a mis pasos.

Mi posesa se posa en este sueño para impedirme que huya. Una ráfaga
entra hacia la tarde,
voces que mi posesa transparenta en voces

más cercanas, como esta luz que se vacía,
y cae hacia su cuerpo.

–Cuánto amor desperdiciado, Juan de la Cruz, cuánto aire basta
para salir de aquí y volverse aire, polvo que cubre las chilabas.

Estuve en Tánger y había cielo y desierto. Quise regresar en ferry a Algeciras
o a cualquier lado
para tomar un tren rumbo a Lisboa.

Mi posesa nunca ha viajado conmigo, no
le gustan los aviones, prefiere
hablar de Miguel de Molinos durante las tardes amarillas, prefiere una *Guía
espiritual* para que vuelva a tiempo. Ella abre su cuerpo, ella,
mi posesa, abre su cuerpo, estira los huesos. –Aquí hay algo, dice el hombre
que habla de Mandelstam. Aquí hay algo,
sí, pero esta costilla navega en otra herida.

Acertijo para cierto día del mes de agosto

Se asoma el rostro de mi flaca
y me llama desde lejos: está la Catedral
de San Vito, los carillones
y el aire que rompe los ojos o una luz
que se extiende fragilísima. Dos
o tres palabras son lo que no entiendo,
pero sí los gestos. Otra cosa es la canción
cantada. Una monja lo sabe: dobla sus manos,
las recoge y afuera no llueve. El calor
asombra. Desde aquí, y dejando las gárgolas de lado,
miro el Moldau, su azul destello de aguas grises.
No se parece al Tajo, no se parece a ti y mi flaca duerme lejos,
o quizá vaga como yo. No llueve. Parvadas
de turistas, flashes que asustan.

Una rubia destemplada,

tres jazzistas y un perro no son compañía: son postal.

Mi flaca vendrá algún día

con un mensaje: “Löw abrió la estela: sigues tú”.

Y no entiendo.

Una mañana por Praga

Anduve por la calle buscando la huella paralela, la huella
de lo oculto o al menos un bar
en donde pudiera beber una cerveza. Oscura es la fachada,
oscuro el cuerpo más oscuro
de la gitana que decía la suerte en checo. No entendí
el significado de los trazos, la estrella de David,
el cauce del Moldau y la pantera negra de Hrabal.
A veces Mozart, a veces Jan Neruda. Primero la música,
luego la calle rumbo al castillo
o el puente Karlos IV. Muchas las piernas, muchos
los brazos que transcurren
de un lado a otro. Voy y vengo
sin encontrar salida, sin descansar
mis pasos. Hubo consecuencias y rostros perfectos. Algo tan banal
como el cansancio o las estatuas

agotadas por el calor. Praga fue un espejismo
que aún no sé explicarme.

Canción del no

No llegó a lo oscuro la mano entreabierta, no
pasa la fiebre por este pasillo, no
se dice no.

En el sillón duerme mi flaca, no
sueña con Ficino, no
hay aire o lluvia que aletea, no
podría arrojar una estela de vocablos, no
cae en lo vertiginoso, no cae, no,
una herida, un trazo. No
es el rostro de mi flaca enflaquecida por la pena de saberse. No
hay espadas y vértigo en sus ojos. No
por favor, un poco de cordura. ¿Sí o no?
Sí, pero volveré a lo dicho. No volveré, no
aunque en Madrid haya un chiringuito que no
cierra. Punto y aparte. No es no.

¿O sí?

Relato que sucede en un tren rumbo a Granada

Hay suspiro y sobresalto en el campo
que aparece mientras el tren avanza. Avanzo yo
o ya me quedo ausente. Hay respiración
y traqueteo. Runrún y son las líneas
que forman los árboles
un trazo, una imagen revelada.
Los postes, el azul eléctrico
y los molinos eólicos
se transcurren como si yo fuera
hacia ti.

No podría saber lo que sucede, no podría del amarillo
seco del paisaje—. Miro, por ahora,
miro una casa y tu rostro que no está:
¿a dónde van

los pájaros, el rojo
del camino, las astillas del nombre?

No se cambia el mundo.

Voy ahora,
vengo a esta línea y me adormezco
con el movimiento del tren.

Una nube, un asunto
y la velocidad del paisaje que se esfuma.

Staré Mesto

...los caballos
en el empedrado, un reloj
y doce, no, once y San Pablo. Salen
a lo salido. Hay luz, mi flaca,
brillo casi medieval. Mil
son los ojos entre tú y el mundo.

tres: historias contadas

Breve historia con cicatriz

Nunca he estado en Nueva York pero vi
un rostro de muchacha
recargado en mi hombro izquierdo.
Flaca de huesos largos que me atrapan. Casi
pájaro el aire. Camina temblorosa,
es toda nervio, cuchillo de un sólo cuerpo.

Abrió su nombre
en lo nombrado, las piernas todas
y la boca. No ha leído la palma de mi mano
pero sabe distinguir
la distancia que hay del olfato al corazón.

Nunca he estado en Nueva York, me dijo
riendo mientras abría en dos la noche que fue mundo.

Volamos ayer en la arteria. No hubo
tiempo de otra cosa, o quizá sí:
quedó tendida en el letargo de los cuerpos,
ardió en el temblor
de nuestro abrazo.

A la carta

...transformados en currucas en mitad del aire (olmos) a su extrema fulguración.

José Kozer

Dormido estabas. Un poco, sí, que quema mucho la dulzura de este turbión que
proviene de mi flaca. Ayer –descuajeringado el aire y sin pájaros– creí que moría
el mundo en Trieste o San Petesburgo.

De desayuno tuvimos cuerpo blanco extendido a cuatro manos, las nalgas al garete
–tienen un aire de familia renacentista– mientras Bach andaba de visita por la
sala desnuda. No hay espías. En ocasiones –casi siempre– el que aletea se posa
en uno y otro y platica con quien quiera, es decir, *nosotros*. Yo me entiendo en
arameo, de yidish muy poco, pero dialogamos, que con eso es suficiente.

Hay olmos en extrema fulguración.

Casi a la mitad del aire un estornino estornuda. Desde esta ventana, y a mitad del
insomnio, imagino que lo veo. Me regreso al desayuno, a la mañana en que

mi flaca despertaba. Una botella, sin agua; un jarrón, sin flores; unas sábanas,
con ella estirándose y tú me adamabas.

Día de mirar las cosas por lo bajo y algo sucede mientras tanto

Mira por dónde van las cosas
y ya no duermo. Se incendió Roma,
me dijeron el otro día. No creí
en el asalto de las huestes furiosas a tu cama.

Fue otra la ocasión
cuando vi a la flaca desnuda ante mis ojos. Falso
el lecho, piedra era
el cielo.

Y allá, un poco lejos (como fotografía fuera de foco)
el mar: Mediterráneo a secas.

Oscura coincidencia o aire fragilísimo de dos cuerpos
que se ciegan –viciosos– de tanto abrazo dado.

Como si no pasara la tarde,
así transcurría en la vereda el remolino

de los nombres. Busco
un nardo en la memoria.

Disolvencia:

aparecen tus senos y dos
pescadores como fondo marítimo.

Verano

y tu cintura tan cerca
de mí como un zarpazo. Algo
hiera más que el viento
del norte. La carta de la flaca había llegado
y Roma a lo lejos se incendiaba. Fue así
como lo supe. No hubo
abandono. Para qué la lengua y la mano
hurgando entre la blusa. El *foulard*
en el cuello y otro idioma
entre los dos. ¿Acaso
supimos esperar la lluvia que caía en la ciudad vecina?

Por si fuera necesario te lo digo:
abril no me importó tanto,
el verano sí.

Ignorancia y resquemor

No sabemos qué pasa, aquí
no sabemos si hay óxido
para tanta algarabía. En verdad
sabemos lo que pasa fuera. Puertas a—
Sabemos lo de adentro: el cuerpo
de la posesa poseído y boca
bajo, abierto y en espera.

Hay pájaros y fulgor
—Mira cómo tiembla con el toquido de tocar
en la punta deste dedo.

El guacatay era para las dos

yo no pude elegir

envuelto como estaba

en su cabellera

me aprisionaron sus muslos

me aprisionaron sus manos

Juan Carlos Plá

Qué raya o manchón en el abismo,
fue la brisa de no acordarse, envuelto
como estaba de música. Y el vuelo
del gorrión –por si acaso.

No elegí, me eligieron sudorosas

las dos

mujeres –cada una por su lado– en una esquina diferente.

Algo sucedió de entonces para acá:

el agua en gotas concluía, un ejército

de manos en la jacaranda, el rastro

de un muslo (fueron cuatro) que mi torpe yema

recorría. De una fue un año,
de la otra, el otro. Aunque también repitieron
en los meses de abril hasta la fecha. Qué
manchón en el abismo, qué rojo
en la mirada del estornino. Negro
en la estocada o era revólver la pata del ciervo
que se extendía hacia el blanco, blanquísimo.

Quise decirles a un lado de la guacia,
que el guacatay era para las dos. Una nube
con cuerpo de mandí
en la ligera sospecha de no pertenecer
más que a la música de la palabra *olvido*.

Me aprisionaron de tal manera que no supe
distinguir el oeste
del este de mi casa. Afuera
el arrayán en donde reposaba alguien.

La risa de una, los senos
de la otra, eran
lo mismo y me confundió

el sajú que habitaba por mis sueños.

Me dijeron que un trígono equidista,

aunque no es lo mejor

para estos casos. Busqué en el abismo

la música y reconocí que el filo

es una prisión entre sus manos.

Ahora que la hora mora en mi regazo puedo decirlo

*Cualquier hora es buena para exaltar las vías de agua de una enamorada
y aun para calibrarlas.*

Gerardo Deniz

¿Por dónde va el asunto?

Era de aire la montaña y no sé para qué lado se fue la dirección. Un poco de

sofoco y las manos. Espuma de alzar el azul, ver-

tical el dedo. En su punta, un seno.

–Empiezan a mejorar las cosas –dijo.

Y apoyó su cabeza en el equipal que tenía para esas situaciones hartamente inhibitorias.

Luego la lengua, ay, la lengua electrizada.

–Nada de calostro. –Señor, eso no se dice.

¿Qué hubo de sagrado?: la mano izquierda bajando el cierre y después calibrando

la vía.

Interrumpo, pero también las nubes.

Ya se ve. No soy oceanógrafo, ni astrólogo o chamán y me importan poco los

océanos de este lado de mi espalda.

Seguimos: no hay dirección; un perro solamente, o fue el rabino Löw (así se llama

mi gato negro y de barro, no se piensen otras cosas) quien sonreía tímidamente en la esquina por él transfigurada.

–Te huele la mano demasiado y no encuentro el búcaro –dijo.

¿Ahora qué sigue?

Vi sus cicatrices y sus ojos cerrados: rastros de un nombre que pensaba era el mío.

Contorsionista por momentos, eso lo supe más tarde, cuando el calor y otras charlas de sobremesa llevaron mi mano a restregarse en la nariz.

Cayó la noche (cf. todos) y la Osa Mayor entre la ventana rota y la palmera.

Inventar se puede.

Retrato de Eva, apple y serpiente

Pero bien mirado, la mirada mira hacia el pezón
que pesa un poco más que su suspiro. –Hablo de Eva
delicuescente y frágil. Hay luz
cayendo,/

una serpiente serpenteante, húmeda
de tocar madera y cuerpo. Es el de Eva, estática,
enmudecida, antes del paraíso,/ antes
de hablar el lenguaje de los pájaros,/ antes de ser
costilla de su costillar.

Existió la luz ya nombrada,
la cortina que dice: “Apple, Mac Intosh, modelo reciente
pantalla líquida lista para...”. No lo planeó Daguerre,
ni pertenece acaso a Las Escrituras. Sagradas
las caderas, el ombligo, la boca a punto/
de estallar esta escritura, pura, *non lo so*,

y eso es mucho: *esto visibile parlare,*
novello a noi perché qui non si trova,

o la respuesta de Eva:

–Saldré por la tarde, espérame a la salida–.

Encontré un código, ayer encontré
un código o un mensaje en el teléfono:
¿Por qué se enrosca, mi vida, tu vida en la mía?
De Eva sé tan sólo un poco: le gusta posar
desnuda por las tardes, entre serpiente y manzana,

lee el I Ching para salir conmigo y devora
ensaladas con vinagreta
en un tazón de épocas pasadas.
Eva posa, y su mirada se posa en eso
que los dos sabemos, abultará el mundo
y será nombrado. Relámpago o revelación
la palabra dicha. Hay nubarrones
afuera, una lluvia anunciada: –Hoy no puedo, estoy posando,
¿podrías venir por mí mañana?

Tres obviedades repletas de inocencia

disfrazado de lluvia, aire...

José Miguel Ullán

Abrir las comisuras: un respiro
que se disfraza de principio. Límite
su cuerpo,
aire o trujamán
para el desliz de no saber que sabe
: entre sus senos –allí está la posesa–
cabe una parte occidental del mundo.
Hubo una vez (las cortinas cerradas)
en que arrojó el vestido –era el mismo
mismo de la vez pasada– y mostró
que es cierto que el hundimiento
puede hacerse de muchas formas. Negro
el trazo y la cama es una balsa,
deletreo imperceptible de las letras. Ocultas
la sonrisa y el destello, oculto

el aire en su disfraz de lluvia. Pudo
pasar algo que pasó.

Un poco de música, maestro

Tres de Salmona –arriba un amigo que se oscurece con el vino tinto
y habla de cormoranes– para enfrentarse al aire. *Entrare* es un dicho o una
situación, mejor una situación con jazz de fondo (Parker *dixie*) y oscuridad. No
Plotino que sabe de aquestas cosas un poco claras. Claridad el de su rostro –
hablo de la posesa que tiene nombre raro, como de actriz de cine–, luz los de sus
ojos.

Me lo dijo la voz: “Es mejor saber lo que sucede a lo que no sucede”.

Una flama, Bachelard, un fuego en la mesa, y sus piernas que se abrían en sincopa
con la mano temblorosa. Hubo una boca que se hundió. Toda la noche para
repetirlo todo. Mi posesa lo llama “obsesión” y hay pájaros del día, fulgor a
tientas.

Hablé de lo habitable: una rara especie de coleópteros nos perseguía en sueños,

¿no? No hay mejor sueño que éste, en techicolor y sin nadie cerca. A excepción del guardia que estaba embebido en conquistar a Dulcinea. Pero todo fue oscuridad de tan oscuro el relato: una estrella frente al dedo, una suavidad en la blancura, unos jugos que sabían a *algo* más dulce que lo dulce, unos ojos, una boca entreabierta. Se dice fácil, “como evitar no haber presenciado nunca una cojienda”, dijo don Juan o, a veces, don Gerardo, no se sabe.

Fuimos oscuros y mi posesa exige más oscuridad para esconder sus muslos en mi mano. Se hace tarde y en Londres es de día y llueve.

El norte está hacia arriba en el globo terráqueo que me mostraron en la infancia; aquí hacia la izquierda y no llueve por más que quiera, o sí. Sólo aire, sólo el cabello despeinado de mi posesa y un seno, no, los dos para hacer un mapamundi prohibidísimo.

¿Sólo tú entiendes lo que yo entiendo?: Aqueste cormorán no es de este día.

Habría que repetirlo, ¿no?

Visión borrosa de la vez que nadé un poco tarde

Nadaba en su cuerpo, lo dije
antes en otro sitio. Era azul
la brisa y el flamboyán
en la postal con dos frágiles sirenas.

Qué sitio, ni

qué nada. El aire (1,293 g. Lo dijeron Galileo y Torricelli)
en el aire
de mi rostro íngrimo nadaba.
Un agamí el guardián. Del cielo
a estas fechas sucede todo.
Por ejemplo: las nalgas y el talón,
las pantorrillas, el ombligo casi (lo oculta un dedo),
los senos y el lunar
de cualquier parte y aparece
la rosa. De los vientos

que mecían su cabellera –ahora
tan corta– una esperanza.
Acabé por confundirla consigo misma.
Gemela de sí abriome una puerta
y eran árboles los pasos,
tan desnudos, y reía.

En el amarillo de la tarde –verano a secas–
no estaba el flamboyán, acaso
en la postal,
únicamente.

Glosa

¡Qué carta, gran Dios! La escribo para informarte, pero qué cabeza la mía esta mañana.

Juan José Arreola

1. No expongo el proceso, el cielo abierto
en que estos cuerpos
—el tuyo aquí, el mío
entre nubes e ínsulas disperso— fueron algo más
que un vaciamiento. Hablo del vacío
y de repente yo mismo soy tristeza.
ya no estás en lo nocturno de esa avenida. No ahora;
antes el rayo que traspasa. Habré dicho: —Todos
los detalles los recuerdo, hasta el mínimo: el cuchillo
hundido, el jugo entre los dedos, la boca
seca. Alto:
qué animal es uno
cuando en dos se mezcla.

2. Tenemos asfixia de tenernos,

así, uno rumbo al otro,

completamente

arqueados en la hermosura.

3. No diré nunca nada, tan sólo

dejaré que el cuerpo de la posesa se interrogue

frente al espejo. La mano

hundida en la entrepierna, la sábana abierta

en el exceso, el rostro

en el *silbo de los aires amorosos*.

La posesa es exceso.

Aquí está mi desnuda, desnuda

y preparada, hundida toda y traspasada.

4. Ella

es mi cicatriz; yo soy su cicatriz.

Si miro hacia la izquierda no es un maguarí

el que abre sus alas, es el de las nubes ciertas en el pecho.

Algún día diremos como él repite:

*Algo se ha perdido, no es mucho
pero es algo esencial –un culto, un lenguaje,
un rito– está perdido. O quizá lo escrito
entre la página: Aquí dos seres carmesíes
se atraparon. Los vimos balancearse,
estremecerse, volver a la seguridad
y caer.*

Mejor desaparece
porque ninguna memoria es tan tersa
como cuando hablo de ella.

cuatro: escritura que llega un poco tarde

Historia del *hanbok* y la blusa
(Medeski, Martin and Wood, de fondo)¹

Mi flaca no anda por aquí y ya extraño su olor a madreSelva. No anda en estas tierras de lotos y pagodas. Ahora casi soy zen: escucha mi latido. Tuve un sueño. Soñé con cien dragones custodiando a mi flaca. Era una nube mi sueño. Mi posesa usaba un *hanbok* y después, cosas de la vida tan incierta, una blusa roja, diminuta y un suspiro. ¿Cuántos *kkachis* cuentas alejándose del río Han? Me alitero solo, me altero por mi flaca. Usa un *hanbok* y no acaba el sueño. Alza un brazo, extiende el cuello, huele lo imposible. Voy a pensar en una cosa o cientos de grullas como estatuas blancas entre la grisura. Voy a decirle a mi flaca que ahora miro un cementerio y ella es fierísima. Extraño todo, pero más sus caderas -quién fuera a decirlo-, y la risa tan sin mí y yo me olvido. Ayer me perdí en un bosque de bambúes, y la lluvia no para. Mi flaca está tan lejos y yo de ella. Estoy seguro

¹ Este poema se escribió bastantes años después de que terminara este libro. O eso creía. Vivía en Seúl, y sin esperarlo, apareció La flaca en Busan, al sur de la península, un día lluvioso. Escuché las palabras que ahora están aquí. Creo que este poema vino a cerrar ahora sí el libro. O a dejarlo con apariencia de concluido.

que vi en el templo tres budas y un sacerdote reclinado. Decía algo así como: “mi alma es un dragón que te extraña; mi alma, quiero hablarte por el *messenger*”.

Mi flaca es precipicia. Yo soy su precipicio. Andamos unidos por telepatía. Aquí hay un río, casi como una aparición. Aquí tendría que hablar realmente del *hanbok* y de una imagen. Estoy encerrado en un paisaje tan distinto al mío. Su *hanbok* y la blusa son una pequeña historia en mi sueño. Voy en la nube; anoche vi un poco de su risa. Tengo una foto para trazar un mapa. Mi flaca es mi flaca. Se aleja el *kkachi*.

Epílogo

Hay más pero tres son los planos evidentes: el deseo, la cita –con el texto, con el objeto del deseo- y el juego. Funcionan como apoyaturas para que Plascencia Ñol despliegue una escritura de dicción fuertemente coloquializada y de igual presencia autoindagante. Aunque con el siguiente reparo: es un coloquio interferido secretamente por un escamoteo. La escritura se vuelve un coloquialismo de fragmento. Algo se narra, hay un asunto que transcurre paralelamente al poema que, a su vez, a modo de pez, transcurre paralelamente al continuum de la poesía –el otro cuerpo del deseo, con el que también se juega-: el montaje es como por capas y se trata con estratos de superficie eróticamente trabadas por un significante atento y no, también distraído, que se niega al contacto. Por primera vez veo en la poesía mexicana a la elipsis practicada sobre el habla que se habla en la calle o en la alcoba al alba. El poder del juego significante –algún poder se descubre, finalmente, en la poesía de ahora que ya no es el lamento de la mala yerba de ayer, para resignificar, de otra vez y por todas, que el Poder no tiene todo el poder: alegría- no permite que la anécdota triunfe sobre la palabra. Plascencia Ñol

abre las cuatro puertas del poema y una corriente de aire fresco entra en la poesía mexicana.

Eduardo Milán

Como si no pasara nada. He aquí el talante de este libro que parece escrito por alguien sentado en un equipal, en cualquier lugar del mundo (o en muchos, que no es lo mismo), con un cuaderno de notas en una mano y una lente poderosa, un telefoto, en la otra. ¿Qué es lo que el poeta observa con fruición? En realidad, nada, porque todo importa y entonces cómo discriminar. Todo, la traslación del planeta que se atestigua en los detalles, en las pequeñas postales. El poeta es siempre un extranjero, el que observa desde los márgenes y dispara: el resultado es una minúscula apropiación de esa nada, pero nueva, recién nacida y personalísima. O un polizón, alguien que sabe que no pertenece y que no pagó su peaje, un descentrado cuya mirada se agudiza desde la invisibilidad. *Zoom in*: la instantánea está lista. Es grato descubrir que *polizón* también significa “individuo ocioso y sin destino”, definición que debería ser buena también para el poeta, que es un olfato puro entre los continentes del olor.

Ahora bien, la peculiaridad del viajero furtivo que firma este libro es la obsesa, amorosa interlocución con la destinataria de sus postales, la flaca. ¿Acaso al congelar

estos fragmentos de mundo el poeta pretende poseerla a ella, salvarla de la muerte? ¿No será el *zoom* una herramienta de espionaje de quien ama? Lo cierto es que el discurso tiene una bien definida dirección que es una devoción: tú, mi flaca, verdadero objetivo de mi lente. Por eso la luz y la ambientación de los poemas adquieren tanta relevancia: los ha trabajado el poseso, los dicta un norte imantado, son ofrendas.

Escrito a manera de encuadre, como si el poema fuera el contorno de algo más, indecible, *Zoom* es la aguda bitácora de una errancia y, al mismo tiempo, una conversación fascinada, casi obcecada por la silueta que sus frases dibujan, ahí, tendida en la cama, como si no pasara nada.

Julio Trujillo

“Cuando alguien reconocía que yo, en ésta o en aquella página había conseguido describir ciertos rasgos extraños, yo hubiese preferido encontrar la anafilaxia”. Con esta frase remata Henri Michaux uno de los escritos reunidos bajo el título *Emergencias-Resurgencias*. Un texto donde contrasta las posibilidades de “rusticidad” entre el dibujo y la escritura. Concluye que para la segunda son nulas, que cuando se escribe “en bruto” es a pesar de la escritura misma. De ahí que se valga de un término propio de la biología para presentar el horizonte deseado: no sólo se trata de “describir ciertos rasgos extraños” sino de producir la anafilaxia, es decir: “la sensibilidad exagerada del organismo debida a la acción de ciertas sustancias orgánicas, cuando después de algún

tiempo de haber estado en contacto en él, vuelven a hacerlo aun en pequeña cantidad, lo que produce desórdenes varios y a veces grandes”.

¿Cuáles son, para el caso, estas sustancias? Michaux mismo las enumera líneas antes: “La lengua, enorme estructura que se transmite de generación en generación obliga a serle fiel y continuarla, empuja a demostrar su gran categoría”. La lengua, pues, está “saturada por la abundancia, el lujo, la cantidad de inflexiones y matices”. He aquí las sustancias referidas.

Eduardo Milán ha dicho sobre *Zoom* que su escritura “es un coloquio interferido secretamente por un escamoteo”, también que en este libro: “Por primera vez veo en la poesía mexicana a la elipsis practicada sobre el habla que se habla en la calle o en la alcoba al alba”. En ambas afirmaciones hay, me parece, palabras clave: escamoteo y elipsis. Por tales debemos entender operaciones que se ejercen sobre ese elemento de saturación, sobre esa obligación respecto a la gran categoría de la lengua en tanto que depositaria de toda una tradición.

¿Qué es lo que ocurre en *Zoom*? Propongo que León Plasencia opera por sustracción, no en el afán de quintaesenciar al que obedecería una línea afín a los postulados de la propia tradición, sino dentro de un vigoroso ademán a contrapelo.

Veamos: la destinataria explícita —podríamos decirle “protagonista” sólo a condición de violentar, ¿y por qué no?, tal noción narrativa— de los escritos es “la flaca”. El lado flaco, pues, es la cara de acceso al poliedro del libro. Y dicha flaca, si no perdemos de vista el *Diccionario* es un “defecto moral o afición predominante en una persona”.

¿Qué determina el escamoteo? Un defecto y una afición predominante. Si seguimos por esta línea, un defecto específicamente moral es aquel que se opone a las buenas costumbres. ¿Qué determina la bondad o no de dichas prácticas? El inconmensurable acumulado, la enorme estructura transmitida de generación en generación: la lengua. Pero ya hemos dicho que aquí se sustrae, se escamotea, se practica la elipsis: se le busca el lado flaco a la escritura. Todo lo cual no discurre hacia el objetivo de la depuración sino —como lo declara sin ambages uno de los textos finales— hacia obviedades repletas de inocencia. El movimiento de *zoom in*, el acercamiento, nos pone por delante a la obviedad y la inocencia —escarneadas como defectos, como asunto de la mala literatura— pero no bien llegamos, somos retirados por un subsecuente *zoom out*: una escritura que interfiere el habla so capa de una flaqueza, de una afición predominante, aparente continuidad del asunto cómodo de la lírica amorosa; que la interfiere y la interviene en el sentido más gratamente agresivo de ciertas intervenciones en el terreno de la plástica: no el extrañamiento sino la disolución de una familiaridad —el habla— que al no ser tal nos entrega —tal vez freudianamente— al placer de lo siniestro, al disfrute de la avería de la costumbre.

De ahí que “la flaca” —la afición predominante— devenga “la posesa”, con la furia y deleite de quien realiza malas acciones: un alegre sabotaje. (Nada se dice aquí de los zapatos de “la flaca”, pero doy por sentado que son etimológicamente los que al caer en el engranaje del habla producen la avería de la escritura.)

No obstante lo anterior, y desde su avería, la escritura de *Zoom* se reconoce en esta tradición a la que más que negar, potencia: opera para lograr las pequeñas

cantidades de aquello que antes saturaba el sistema, y produce con ellas los desórdenes “varios y a veces graves” que, siguiendo con la metáfora de las consejas populares sobre la salud, permiten que *Zoom* traiga a la poesía mexicana la “corriente de aire fresco” que Milán le atribuye.

Lejos del aspaviento —esa demostración excesiva o afectada que suele reclamar para sí el privilegio de lo nuevo—, *Zoom* se presenta a sus lectores con la certidumbre de la invención, del descubrimiento: si algo ya estaba ahí —como es, además, de suponerse— se nos hace presente en su dimensión más nítida gracias a este libro o aparato de óptica, “aunque nunca / el nombre es lo correcto”.

Ángel Ortuño

índice

PRÓLOGO

Los mil ojos que hay entre tú y el mundo

Eduardo Chirinos

uno: entre los restos de café

Boca de Iguanas

Escritura entre los restos de café

Fiebre y largo sueño

En clave de pájaros y aire

Un poco de verde en el paisaje de dos que vuelven la mirada hacia nosotros

Dhikr

Del aire a esta parte

Glenn Gould posa sus manos en el piano

Cosa de alas

dos: la velocidad

Cuando vuelo, pienso en Juan de Yepes encerrado en una celda

Dromomanía

Staranová sinagoga

La *garota* de la autopista

Recuento de una noche en que soñé lo mismo

Acertijo para cierto día del mes de agosto

Una mañana por Praga

Canción del no

Relato que sucede en un tren rumbo a Granada

Staré mesto

tres: historias contadas

Breve historia con cicatriz

A la carta

Día de mirar las cosas por lo bajo y algo sucede mientras tanto

Ignorancia y resquemor

El guacatay era para las dos

Ahora que la hora mora en mi regazo puedo decirlo

Retrato de Eva, apple y serpiente

Tres obviedades repletas de inocencia

Un poco de música, maestro

Visión borrosa de la vez que nadé un poco tarde

Glosa

cuatro: escritura que llega un poco tarde

Historia del *hanbok* y la blusa (música de Medeski, Martin and Wood, de fondo)

EPÍLOGO

Eduardo Milán /Julio Trujillo /Ángel Ortuño